

“EL QUE VENDRÁ”. CARTA A RODÓ (1)

París, 15 de Agosto de 1897.

Señor Don José Enrique Rodó.

Mi estimado amigo:

Muchísimas gracias por el envío de su precioso opúsculo «La Vida Nueva».

Para leerlo con el interés que me inspira todo cuanto viene de allá, y en especial lo bueno, (y muy bueno es lo suyo) he tenido que interrumpir la lectura, ¿sabe Vd. de qué? Pues de Homero, del viejo padre ciego, que releía por cuarta o quinta vez, aquí en pleno París.

Esa circunstancia ha hecho que se me aparezcan algunas ideas que deben ser para Vd. y que envolveré de cualquier manera a fin de enviárselas por correo.

¿Cómo es posible, pensaba yo al leer sus angustiosas páginas sobre «El que vendrá», cómo es posible, que una alma joven y vigorosa como la del que esto escribe, no haya encontrado todavía en las creaciones literarias de la humanidad una obra que haya dado forma a muchas de sus ansias, reflejado los estremecimientos de su espíritu, inventado siquiera un nombre para muchas de sus misteriosas inquietudes? ¿No habrá en esto algo de preocupación que puede ser perjudicial al desarrollo de riquísimos gérmenes?

Creo que la hay, y voy a decirle en donde me parece encontrarla.

Para Vd. las nuevas manifestaciones del arte no son destrucción de las que las precedieron, pero sí su ampliación y complemento; «son sobrepuestos tramos, dice Vd., de donde quien los sube

(1) Rodó envió, en 1897, a Zorrilla de San Martín, que a la sazón se hallaba en París, donde desempeñaba el cargo de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Uruguay, un ejemplar de su primer opúsculo, «La Vida Nueva», en cuya primera página estampó esta dedicatoria: «A Zorrilla de San Martín, siempre presente en el espíritu de la juventud de su patria. — Su admirador afectísimo. — El autor». Leyó Zorrilla de San Martín el libro con verdadera atención, pues marginó sus páginas con numerosas observaciones, anotadas con lapiz, que luego le sirvieron para escribir el borrador de una extensa carta dirigida a Rodó, fechada en París el 15 de agosto de 1897, que infelizmente, quedó sin concluir, y no fué por lo tanto enviada a su destino. En el archivo del autor se conservan, sin embargo, el ejemplar de «La Vida Nueva», anotado, y los borradores originales de la carta, esto es, una primera versión sin terminar, que llegó hasta la carilla 13, con numerosas adiciones al margen de las carillas, y una segunda versión, ya corregida, que se detiene en la página 8. Con una y otra hemos logrado reconstruir fielmente la carta frustrada, hasta la última carilla que el autor escribió. Aún cuando se trata de un documento inconcluso, su publicación ofrece verdadero interés, no solamente por lo

ve dilatarse rítmicamente el horizonte; son círculos concéntricos, cada uno de los cuales amplía el espacio del círculo anterior». De ahí que Vd. llame a voces *al que vendrá*, al que, superando a sus predecesores, satisfará su anhelo.

Creo que Vd. esperará en vano. Esa progresión, que es propia de la ciencia humana, no existe en el arte; el primero que estudió la chispa eléctrica es el precursor de Edison y de Röntgen; aquél sabía menos que éstos; pero Homero y Esquilo no son precursores de Dante, de Shakespeare o de Cervantes, ni sentían menos. El sabio *descubre lo que existe*, lo que, tarde o temprano, debía ser descubierto por él mismo o por otro; el artista inventa, crea, forma de la nada, lo que, sin él, jamás hubiera existido. El genio, ha dicho Víctor Hugo, es la región de los iguales. Eso lo dice hablando de Shakespeare al que, como Vd. sabe, llama el hombre océano.

Sí, créalo Vd. y lo creará a poco que lo medite: en arte no hay diferencia alguna, con relación al tiempo, entre andar hacia atrás o hacia adelante; el que vendrá ya ha venido, o no llegará jamás.

Y si eso es verdad en la serie de los genios y de los grandes hombres comparados los unos con los otros, ¿qué decir si parangonamos las grandes obras consagradas con las producciones de este nuestro arte contemporáneo, tan copioso pero también tan vertiginoso y fugaz?

Me parece verlo a Vd., sin embargo, encerrado en él, limitado y casi ahogado por él. Esa, y no otra es la causa, a mi sentir, de sus angustias y clamores. Advierto (no sé si mi equivoco) que las producciones modernas, sobre todo las francesas, ofreciéndosele como el tipo de perfección alcanzado hasta hoy, ejercen sobre su espíritu una influencia demasiado absoluta y le estrechan los horizontes.

De los últimos cincuenta o sesenta años de literatura francesa, que ha estudiado Vd. con avidez a la luz de notables críticos como Taine, Brunetière, y otros, ha formado Vd. un mundo, y acepta como escuelas literarias, definitivas, progresivas y ascendentes las obras

que significan el autor y el destinatario, sino porque esta carta define con toda precisión la posición espiritual de ambos, y contribuye al conocimiento del conflicto filosófico frente al cual se halló la generación de Rodó, que bien puede ser considerada al igual de aquella generación francesa formada en el escepticismo y en la estética literaria de Renán, que tan admirablemente estudió Brunetière. «El que vendrá» fué el grito de desesperación e impotencia del joven filósofo frente al epicureísmo del maestro francés, que si bien satisfacía su ansia de belleza formal, no lograba saciar la sed espiritual que lo atormentaba. Zorrilla de San Martín, espiritualista integral y hombre de fe religiosa, junto a la belleza formal de Renán ofrece a Rodó aquella otra belleza, más honda y universal, que, por igual, ilumina los planos de la materia y las profundidades del espíritu. Lástima que la carta del poeta cristiano se detenga en el momento en que el discurso iba a penetrar en la zona filosófica pura. De todos modos este documento tiene alto valor y contribuye al conocimiento de los conflictos espirituales que angustiaron a la juventud de fines del siglo pasado.

de algunos autores que si bien pueden estar de moda una temporada, y tener méritos reales, no son jalones en el camino de la humanidad, no han recibido aun, cuando menos, la alta consagración del tiempo.

Acabo de leer en Melchor de Vogué (Jean d'Agrène) estas líneas: «*Falsos nuevos maestros pesimistas*, esos negros compañeros que toman un versículo del Eclesiastes y lo hinchan en un volumen; Job y Salomón habían destilado antes que ellos toda la bilis humana; no destilaremos nosotros ninguna nueva ni más amarga. Falsos nuevos esos simbolistas que apuntan en el horizonte; no los hemos esperado para convencernos de que desde Esquilo al Dante, desde el Dante a Shakespeare, desde Shakespeare a nosotros, cada verso, cada línea que ha merecido la atención de los hombres han sido simbolismo, es decir, la aparición y la resonancia, tras un hecho particular, del misterioso universo en relación con ese hecho. Falso nuevo los neo-enjalbegadores (neo-replatem) que reinventan a Dios, a la religiones, a la moral, que estucan de nuevo los viejos pilares del edificio humano, y se imaginan que los han reconstruido.»

Para apreciar la altura de las montañas es preciso salir de ellas, mirarlas desde la llanura o mejor desde el mar que determina el nivel. Si el siglo XVII puede considerarse el siglo clásico de la tragedia en Francia, acaso el XIX se llamará el clásico de la novela. Pero Vd. sabe que en París se publican dos novelas por día: 1.000 en 10 años; 50 o 60.000 dejará este siglo.

¿Cuáles y cuántas de entre ellas serán leídas el siglo que viene?
¿Qué cumbres sobrenadarán cuando el tiempo permita medir alturas?

Ahora bien: ¿no le parece a Vd. que el dejarse dominar demasiado por el instable prestigio de esa inmensa producción y el apresurarse a aceptar su anterioridad de un día como dogmática, nos expone a ser un átomo de esa ola que pasa y a pasar con ella sin dejar rastro en nuestra tierra? ¿No nos expondremos a acabar por ver el mundo o la naturaleza y hasta por vernos a nosotros mismos sólo en los libros o al través de ellos? ¿No habrá peligro de que, en vez de ser la literatura un reflejo de nuestro estado de alma, sea nuestro estado de alma un reflejo de la literatura que pasa sobre ella?

Ud. conoce los eclipses por que han atravesado los grandes astros de las letras. Surgen a veces y brillan; son en seguida olvidados y no pocas veces menospreciados, para reaparecer de nuevo con brillo más intenso que el inicial: Homero, Shakespeare, Lamartine. Eso quiere decir que las *modas literarias* han arrastrado y ofuscado a veces hasta una generación que se ha esterilizado dejándose sojuzgar por ellas. Muchos espíritus que hubieran podido producir algo propio, acaso genial, no se han atrevido a producir lo espontáneo porque les ha parecido viejo, y han concentrado todo su esfuerzo a la adquisición de una forma de moda, de un ritmo en el metro, de un carácter en la fábula, de un color en los tipos o en el espíritu de la obra, ritmos, formas, colores que no le eran personales. Han fal-

sificado su vino puro, y echádolo a perder para darle el sabor de la época.

No negaré yo que es necesario adaptarse muchas veces al gusto de la época para hacerse leer, para ser comprendido; pero no me negará Vd., en cambio, que el ajustarse a él demasiado, revelación es casi segura de falta de superioridad y de esa originalidad en cuya esencia entra la inconciencia que es incompatible con el esfuerzo de ser original.

Porque yo creo advertir, y eso es lo peor del caso, que el prestigio de la producción a que antes me he referido tiende a imponer como única perfección literaria, no sólo la forma del pensamiento sino el pensamiento mismo, el afecto, el estado de ánimo y hasta el estado social: neurosis, decadencias, vicios, individuales o sociales, desalientos de todo género, faltas de fe, de ideales o de estímulos, cuadros de sociedades marchitas o decrepitas. No son, muchas veces, las novelas las que se hacen según los hombres, son los hombres los que se empeñan en presentársenos según las novelas: neuróticos fin de siglo, *boulevardiers*. ¿Y si eso no es verdad ni en nuestras almas ni en nuestras sociedades?

Pero hay en todo esto algo de más digno de notarse aun: y es que esos estados de ánimo, esas decadencias, esas neurastenias que van de aquí en los libros, no sólo engendran allá imitaciones artificiales y no sinceras: es que los mismos autores que sirven de pontífices y tipos no son sinceros muchas veces; hay en ellos mucho de *pose*, mucho de *blague*, créalo Ud.

Usted nombra, por ejemplo, a Verlaine, uno de los más sinceros, ¡el más sincero acaso!

¡El pobre Verlaine! Me parece que lo veo. Lo conocí poco antes de su muerte allá en su mechinal de la *rue Descartes*. Usted lo conoce moralmente y quizá, también, físicamente por los retratos. Tenía una cabeza de buho niño, de lo más original que puede concebirse; creo que había también algo de gato en aquella cara. Su expresión era entre siniestra y dulce, entre dolorosa y sarcástica; infundía miedo y compasión; una cosa muy rara. Se reía frunciendo la nariz como gato que maulla y alargando las cejas como un Mefistófeles de teatro; un relámpago extraño, mezcla de muchas luces, iluminaba sus ojos; y después sonreía con un candor, con una dulzura tan melancólicos. ¡Qué simpático era entonces! Ángel caído, diablo domesticado; ¡qué se yo! Moral e intelectualmente usted lo conoce: en el huerto de su vida y de su alma, como en el borde de las ciénagas, brotaban flores de familias distintas: agrias y venenosas las más, puras y benéficas las otras, tristes y dolorosas casi todas. En el alma, como en la naturaleza, no hay generación espontánea. ¿Quién sembraba, pues, el alma de ese pobre poeta? ¿De dónde procedían los gérmenes que hacían florecer la maleza de aquella vida atormentada?

Pues bien: el mismo Verlaine hacía sus clasificaciones en sus propias obras en materia de sinceridad.

Es claro que, para él, casi todos los otros eran unos grandísimos *blagueurs*: Leconte de Lisle. François Coppée, Zola, Moreas, Mallarmé: parnasianos, simbolistas, místicos, etc., etc.

—*C'est de la littérature, c'est de la blague*, me decía, frunciendo la nariz y estirando las cejas oblicuas hacia la inmensa calva, *c'est de la littérature*.

—¿Y Ud., Verlaine, también Ud. nos engaña?

—¡Oh!, ¡oh! También hay algo de eso en mí, sin duda. He escrito tanto para sacarle a Vanier la pieza de cinco francos para el almuerzo... ¡y el *aperitif*!

—¿Y su pasión por algunos autores españoles, su entusiasmo por Calderón...

—*De la littérature*, me decía en secreto y riendo, yo no sé una palabra de español, *c'est de la blague*.

¡Pobre Verlaine! Se murió en la miseria... y, al día siguiente, pensaron en levantarle una estatua! ¡*De la blague!*

Ahora bien: Ud. mismo reconoce con su criterio amplio y libre, que lo que debe existir en el arte, ante todo, es la sinceridad; esto es lo único que puede engendrar a su vez la originalidad. Pero Ud. sabe que la esencia de la originalidad es ser inconsciente, proceder de la naturaleza y no del esfuerzo de ser nuevo. ¿No es verdad?

Pues ahí tiene Ud. como el propósito preconcebido de ser nuevo a todo trance, y mucho más si se trata de una novedad en boga, impuesta por ajenos prestigios, puede muy bien alejarnos del arte antes que acercarnos a él, matar entre nosotros gérmenes hermosos de nuevas creaciones antes que fecundarlos, privarnos en una palabra de la gloria de tener un poeta, un novelista, que escribiendo en absoluto y no en relativo, que produciendo para *el tiempo* y no para un momento dado, haga a nuestra tierra heredera de su nombre. Es claro que, con todo esto, no quiero yo decir que no debemos estudiar las grandes producciones del arte contemporáneo francés y aún inspirarnos muchas veces en ellas: la belleza verdadera es esencialmente sugestiva, y la producción contemporánea es un poderoso estimulante del espíritu. Más aún: yo creo que si el que cede demasiado al gusto de su época no hará nada que viva, el que no cede nada a ese gusto se expone a no ser comprendido y a no poder saltar al porvenir por no tener punto alguno de apoyo en el presente.

Tampoco quiero decir que, en esta época de tanta comunicación entre todos los pueblos, de tanta fusión de ideas y sentimientos, deba el artista aislarse en su región y prescindir de las relaciones de ésta con el mundo. No; hoy no puede concebirse a Homero entre los pueblos civilizados